

El Cuerpo y la Sangre de Cristo



«Tomen, esto es mi cuerpo... Esta es mi sangre»

Preparado por el P. Behitman A. Céspedes De los Ríos (Diócesis de Pereira), con el apoyo del P. Emilio Betancur M. (Arquidiócesis de Medellín). Cf. Servicio Bíblico Latinoamericano.

Lecturas

Éx 24,3-8: Ésta es la alianza que hace el Señor

Salmo 115: Alzaré la copa de salvación, invocando el nombre del Señor

Heb 9,11-15: La sangre de Cristo los purificará

Mc 14,12-16.22-26: Este es mi cuerpo. Esta es mi sangre

«Tomen, esto es mi cuerpo»

El primer día de la fiesta de los panes sin levadura, cuando se sacrificaba el cordero pascual, sus discípulos preguntaron a Jesús: «¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de pascua?»



Jesús envió a dos de sus discípulos, diciéndoles: «Vayan a la ciudad, y les saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua. Síganlo, y allí donde entre digan al dueño: “El Maestro dice: ¿Dónde está mi sala, en la que voy a celebrar la cena de pascua con mis discípulos?” Él les mostrará en el piso de arriba una sala grande y bien alfombrada. Preparen todo allí para nosotros».

Los discípulos salieron, llegaron a la ciudad, encontraron todo tal como Jesús les dijo y prepararon la cena de pascua.

Durante la cena, Jesús tomó pan, pronunció la bendición, lo partió, lo dio a sus discípulos y dijo: «Tomen, esto es mi cuerpo».

Tomó luego un cáliz, pronunció la acción de gracias, lo dio a sus discípulos y bebieron todos de él. Y les dijo: «Esta es mi sangre, la sangre de la alianza derramada por todos. Les aseguro que ya no beberé más del fruto de la vid hasta el día aquel en que beba un vino nuevo en el reino de Dios».

Después de cantar los himnos, salieron hacia el monte de los Olivos.

Palabra del Señor

El misterio de dar la vida por los demás

Recuperar el rito que realiza Jesús

Situada entre dos mares, con sus dos puertos, Corinto era el centro más importante del archipiélago griego, encrucijada de culturas y razas, a mitad de camino entre Oriente y Occidente.

Su población estaba compuesta por doscientos mil hombres libres y cuatrocientos mil esclavos. Dicen que Corinto tenía ocho kms. de recinto amurallado, veintitrés templos, cinco supermercados, una plaza central y dos teatros, uno de ellos capaz para veintidós mil espectadores. En Corinto se daban cita los vicios típicos de los grandes puertos. La ociosidad de los marineros y la afluencia de turistas, llegados de todas partes, la habían convertido en una especie de capital de «Las Vegas» del Mundo Mediterráneo. "Vivir como un corintio" era sinónimo de depravación; "corintia" era el término universalmente empleado para designar a las prostitutas, y ya puede uno imaginarse lo que significaba "corintizar".

En Corinto, cuya población era muy heterogénea (griegos, romanos, judíos y orientales) se veneraban todos los dioses del Panteón griego. Sobre todos, Afrodita, cuyo templo estaba asistido por mil prostitutas.

Hacia el año 50 de nuestra era llegó a esta ciudad Pablo de Tarso. Tras predicar el Evangelio fundó una comunidad cristiana. Durante dieciocho meses permaneció como animador de la misma. Sus feligreses pertenecían a las clases populares (pobres y esclavos), pero también los había de entre la gente notable, por su cultura y por su dinero. Nació así una de las comunidades cristianas primitivas más conflictivas.

Cuando Pablo, por exigencias de su trabajo misionero, se marchó de Corinto, se declaró en su seno una verdadera lucha de clases que se manifestaba vergonzosamente en la celebración de la Eucaristía. Los nuevos cristianos, ricos y pobres, libres y esclavos, convivían, pero no compartían; eran insolidarios. A la hora de celebrar la Eucaristía (por aquel entonces se trataba simplemente de comer juntos

recordando a Jesús) se reunían todos, pero cada uno formaba un grupo con los de su clase social, de modo que "mientras unos pasaban hambre, los otros se emborrachaban" (1 Cor 11,17ss). (¡Qué actual es todo esto!).

Desde Éfeso, Pablo les dirigió una dura carta para recordarles qué era aquello de la Eucaristía, lo que Jesús hizo la noche antes de ser entregado a la muerte, cuando, «mientras comían, Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio a ellos, diciendo: Tomen, esto es mi cuerpo. 23Y, tomando una copa, pronunció la acción de gracias, se la pasó y todos bebieron. 24Y les dijo: Esto es la sangre de la alianza mía que se derrama por todos».

Sería malentender a Jesús que lo que estaba haciendo era mandar ir a misa y comulgar, un rito que en nada complica la vida. Rito que no sirve para nada si, antes de misa, no se toma el pan -símbolo de nuestra persona, nuestros bienes, nuestra vida entera- y se parte, como Jesús, para repartirlo y compartirlo con los que son nuestros prójimos cotidianos.

Habría que recuperar, por tanto, el significado profundo del rito que Jesús realiza. «La sangre que se derrama por ustedes» significa la muerte violenta que Jesús habría de padecer como expresión de su amor al ser humano; «beber de la copa» lleva consigo aceptar la muerte de Jesús y comprometerse con él y como él a dar la vida, si fuese necesario, por los otros. Y esto es lo que se expresa en la eucaristía; ésta es la nueva alianza, un compromiso de amor a los demás hasta la muerte. Quien no entiende así la eucaristía, se ha quedado en un puro rito que para nada sirve.

Debemos digerir a Jesús en su forma de ser y de vivir

«En la cena, Jesús ofrece el pan («tomad) y explica que es *su cuerpo*. En la cultura judía «cuerpo» (en gr. *soma*) significaba la persona en cuanto identidad, presencia y actividad; en consecuencia, al invitar a tomar el pan/cuerpo, invita Jesús a asimilarse a él, a aceptar su persona y actividad histórica como norma de vida; él mismo da la fuerza para ello, al hacer pan/alimento. El efecto que produce el pan en la vida humana es el que produce Jesús en sus discípulos. El evangelista no indica que los discípulos coman el pan, pues todavía no se han asimilado a Jesús, no han digerido su forma de ser y de vivir, haciéndola vida de sus vidas. Al contrario que el pan, Jesús da la copa sin decir nada y, en cambio, se afirma explícitamente que «todos bebieron de ella». Después de darla a beber, Jesús dice que «ésta es la sangre de la alianza que se derrama por todos». La sangre que se derrama significa la muerte violenta o, mejor, la persona en cuanto sufre tal género de muerte. «Beber de la copa» significa, por tanto, aceptar la muerte de Jesús y comprometerse, como él, a no desistir de la actividad salvadora (representada por el pan) por temor ni siquiera a la muerte. «Comer el pan» y «beber

la copa» son actos inseparables; es decir, que no se puede aceptar la vida de Jesús sin aceptar su entrega hasta el fin, y que el compromiso de quien sigue a Jesús incluye una entrega como la suya. Éste es el verdadero significado de la eucaristía.

Yo soy el pan que se parte y se reparte

El presidente de la celebración eucarística termina la consagración repitiendo las palabras de Jesús: "Hagan esto en conmemoración mía"; pidiendo luego la aclamación: "Este es el misterio de nuestra fe" y la comunidad responde: "Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡ven señor Jesús!". En cada eucaristía repetimos el signo para hacer memoria de la muerte y resurrección del Señor convirtiéndola en experiencia de la fe personal y comunitaria al servicio de la transformación de los demás. De la memoria también hace parte recuperar el significado que Jesús le dio a la Eucaristía, por sobre los sentidos que le queremos agregar nosotros.

"Esto es mi cuerpo", es lo mismo que decir: Esta es mi persona, esto soy yo, el pan que se parte para compartirlo. El cuerpo de Jesús es el mismo que se convierte en pan para ser comido. Al decir "este es el cáliz de mi sangre" está indicando lo que es como persona, sufriente, crucificada, pero luego resucitada por el amor de su padre Dios.

La fe desde el inicio siempre ha hablado de la corporalidad de Jesús que comenzó con la encarnación "El verbo se hizo carne, cuerpo, habitó entre nosotros (los hombres como cuerpo) (Jn 1,14).

Pasados sesenta o setenta años de la muerte de Jesús el evangelista Juan, interpretando, dice como explicación de la eucaristía: "Yo soy el pan de vida, quien se acerca a mí nunca pasará hambre y quien me presta adhesión nunca pasará sed". No deja la menor duda sobre qué significa comer el cuerpo del Señor cuando dice: "Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida definitiva" porque ya la muerte ha sido vencida. Ahora bien, comer el cuerpo de Jesús es hacer nuestra su vida como la de Jesús, que es la vida de Dios: "El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo el que me coma vivirá por mí" (Jn 6).

La fe, encuentro corporal

En el cuerpo nos encontramos con Dios en la persona de Jesucristo Eucaristía. Jesús no tiene nada mejor para ofrecerle a los discípulos y en ellos a nosotros que dispongamos de su cuerpo, experimentando en la entrega su máxima vulnerabilidad. De hecho cuando entregó su cuerpo alguien lo había vendido, otro lo había negado y la mayoría había huido.

Lo más profundo de la vida cristiana que celebra la liturgia de hoy fiesta del *Corpus Christi*, es que somos creyentes por participar de un cuerpo, el cuerpo de Jesús.

La fe siempre ha hablado del crucificado, mostrando la anatomía de su cuerpo perfecto por estar de acuerdo al don cualificado de su vida por el amor. Es un cuerpo diferente a un cuerpo pornográfico, arruinado por la droga, o exaltado por la moda o la cirugía plástica. Juan Pablo II, recogiendo el pensamiento del Concilio, se refería así al cuerpo de Jesús: “nacido del cuerpo de María, amó con corazón de hombre, pensó con inteligencia de hombre, trabajó con sus manos de hombre; se hizo corporalmente hombre como uno de nosotros, pero no semejante en el pecado”. El argumento de la resurrección fue haberlo visto y palpado. Para la biblia la diferencia entre los ídolos de muerte y el Dios vivo reside en que los primeros tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen, tienen pies y no andan (Sal 113).

¿Para qué comulgar?

Una vez le pidieron a Teresa de Calcuta una consigna para quienes trabajan por los pobres, y ella respondió: “Que celebren bien la eucaristía. Si yo me dedico a los pobres y los atiendo, es porque acabo de comulgar. Al mismo Cristo a quien he adorado y recibido en la eucaristía es al que veo presente en la persona del prójimo, sobre todo en los más pobres”.

Estas reflexiones pueden ser un itinerario pedagógico, pero no exhaustivo de la innegable presencia real de Jesucristo en la eucaristía celebrada como *Corpus Christi*, en términos más comprensibles y comprometedores para el creyente de hoy.

Peligro de disgregarnos y de depreciarnos

Homilía del Papa Francisco en la Solemnidad del Corpus Christi, junio 4 de 2015

Hemos escuchado: en la [Última] Cena Jesús entregó su Cuerpo y su Sangre mediante el pan y el vino, para dejarnos el memorial de su sacrificio de amor infinito. Y con este «viático» lleno de gracia, los discípulos tienen todo lo necesario para su camino a lo largo de la historia, para llevar a todos el reino de Dios. Luz y fuerza será para ellos el don que Jesús hizo de sí mismo, inmolándose voluntariamente en la cruz. Y este Pan de vida ha llegado hasta nosotros. Ante esta realidad nunca acaba el asombro de la Iglesia. Un asombro que alimenta siempre la contemplación, la adoración, y la memoria. Nos lo demuestra un texto muy bonito de la Liturgia de hoy, el Responsorio de la segunda lectura del Oficio de lecturas, que dice así: «Reconoced

en el pan al mismo que pendió en la cruz; reconoced en el cáliz la sangre que brotó de su costado. Tomad, pues, y comed el cuerpo de Cristo, tomad y bebed su sangre. Sois ya miembros de Cristo. Comed el vínculo que os mantiene unidos, no sea que os disgreguéis; bebed el precio de vuestra redención, no sea que os deprecíéis».

Existe un peligro, existe una amenaza: disgregarnos, despreciarnos. ¿Qué significa, hoy, este disgregarnos y despreciarnos?

Nosotros nos disgregamos cuando no somos dóciles a la Palabra del Señor, cuando no vivimos la fraternidad entre nosotros, cuando competimos por ocupar los primeros sitios—los trepadores—, cuando no encontramos la valentía de testimoniar la caridad, cuando no somos capaces de dar esperanza. Así nos disgregamos. La Eucaristía nos ayuda a no disgregarnos, porque es vínculo de comunión, es realización de la Alianza, signo vivo del amor de Cristo que se humilló y abajó para que nosotros permaneciésemos unidos. Participando en la Eucaristía y alimentándonos de ella, somos introducidos en un camino que no admite divisiones. El Cristo presente en medio de nosotros, en el signo del pan y del vino, exige que la fuerza del amor supere toda laceración, y al mismo tiempo se convierta en comunión también con el más pobre, apoyo para el débil, atención fraterna hacia quienes luchan por sostener el peso de la vida diaria, y están en peligro de perder la fe.

Y luego, la otra palabra: ¿qué significa hoy para nosotros despreciarnos, o sea aguar nuestra dignidad cristiana? Significa dejarnos mellar por las idolatrías de nuestro tiempo: el aparentar, el consumir, el yo en el centro de todo; pero también ser competitivos, la arrogancia como actitud triunfante, el no admitir nunca haberme equivocado o tener necesidad. Todo esto nos deprecia, nos hace cristianos mediocres, tibios, insípidos, paganos.

Jesús derramó su Sangre como precio y como lavacro, para que fuésemos purificados de todos los pecados: para no despreciarnos, mirémosle a Él, bebamos en su fuente, para ser preservados del peligro de la corrupción. Y entonces experimentaremos la gracia de una transformación: nosotros seguiremos siendo siempre pobres pecadores, pero la Sangre de Cristo nos liberará de nuestros pecados y nos restituirá nuestra dignidad. Nos liberará de la corrupción. Sin nuestro mérito, con sincera humildad, podremos llevar a los hermanos el amor de nuestro Señor y Salvador. Seremos sus ojos que van en busca de Zaqueo y de la Magdalena; seremos su mano que socorre a los enfermos en el cuerpo y en el espíritu; seremos su corazón que ama a los necesitados de reconciliación, misericordia y comprensión.

De este modo la Eucaristía actualiza la Alianza que nos santifica, nos purifica y nos une en comunión admirable con Dios. Aprendemos así que la Eucaristía no es un premio

para los buenos, sino que es la fuerza para los débiles, para los pecadores. Es el perdón, es el viático que nos ayuda a dar pasos, a caminar.

Hoy, fiesta del Corpus Christi, tenemos la alegría no solo de celebrar este misterio, sino también de alabarlo y cantarlo por las calles de nuestra ciudad. Que la procesión que haremos al término de la misa, exprese nuestro reconocimiento por todo el camino que Dios nos hizo recorrer a través del desierto de nuestras pobrezas, para hacernos salir de la condición servil, alimentándonos con su Amor mediante el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre.

Y no olvidemos: «Comed el vínculo que os mantiene unidos, no sea que os disgreguéis; bebed el precio de vuestra redención, no sea que os depreciéis».

Camino, Comunión, Adoración.

P. Diego Alberto Uribe. Corpus Christi 2018. 50 años del Congreso Eucarístico de Bogotá

Amadísimos Hermanos:

Una vez más la solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Jesús. Signos, palabras, mensajes, Cristo vivo proclamado y llevado en triunfo por nuestras calles, Cristo vivo adorado y glorificado en el corazón de la Iglesia.

Camino

La primera lectura de este domingo nos lleva al desierto. Moisés cumple una tarea sacerdotal y levanta en la aridez de aquellas regiones un altar para ofrecer sacrificios, mientras que el pueblo decía con decidida esperanza: “*haremos todo lo que diga el Señor*”¹, formalizando, con sangre derramada, la alianza en la que Dios se compromete a estar con su pueblo.

La Eucaristía celebrada hoy con solemne piedad, nos dejará sobre la mesa santa el Pan para el Camino. Todo camino parte de algún lado y quiere llegar a otro. Nuestro camino sale del costado abierto de Jesús y espera llegar un día al mismo punto de partida tras haber llenado la historia humana con la presencia del que prometió mantener la Alianza sellada con su sangre, como nos lo cuenta San Marcos en el

¹ Éxodo 24, 7.

Evangelio², mientras que se hace solidario caminante, celoso amigo, constante y fiel compañero de la vida de la Iglesia peregrina.

En nuestro camino hay mucha sangre. Sangre de mártires, sangre de dolores, sangre de hermanos que van dejando huellas dolientes en los senderos de la historia. Cuanto quisiéramos que esa entrega de tantos se vuelva paz y consuelo, vida y fraternidad que sostenga la esperanza, que calme la sed de justicia, que nos transforme desde dentro para proseguir nuestros caminos con el corazón sanado por el amor.

Comunión

Hace cincuenta años estábamos por estos días memorizando las músicas y letras que habrían de servir para ambientar el Congreso Eucarístico de Bogotá. En 1968, cantábamos al misterio del amor entregado un bellissimo himno que decía que Dios es amor y que en sus estrofas entonaba:

*En tu hermano Yo estoy, dice el Señor
quiero encontrarme en él en su dolor
son mi paz y mi ley un vínculo de unión
y un incendio de amor, amor³.*

La Eucaristía, aliento del pueblo santo y signo de su esperanza, debe formarnos para la unidad y para la comunión. Cómo olvidar los peces unidos del símbolo del Congreso Eucarístico que fue profético mientras que el mundo se debatía en contiendas internas dolorosas y en crisis de vida y de esperanza.

Hoy más que nunca el Sacramento adorable debe ser vínculo de unión, espacio para mirar unidos no sólo a la presencia adorable del Señor, sino también la eficacia de su amor que restaura el corazón de la humanidad, que devuelve la dignidad, que alimenta de modo verdadero la existencia humana. Cuando tantos proponen un humanismo, el Dios de la vida entendió el humanismo del Pan que, al tiempo, alimenta, sana, conforta, nutre; haciendo de este medio tan elemental el signo de su presencia, presencia que se hace viva también en la realidad del hermano, El Beato Paulo Sexto hace cincuenta años en Bogotá nos lo recordó:

Por lo demás Jesús mismo nos lo ha dicho en una página solemne del evangelio, donde proclama que cada hombre doliente, hambriento, enfermo, desafortunado, necesitado de

² Cf. Marcos 14,24.

³ Canto tradicional colombiano, con letra del P. Francisco de Roux s.i y música del P. Juan José Briceño s.i.

*compasión, y de ayuda es El, como si El mismo fuese ese infeliz, según la misteriosa y potente sociología, (Cf. Mt 25, 35 ss) según el humanismo de Cristo.*⁴

Seamos comunión de esperanza y signos de Dios.

La Eucaristía debe generar esa unidad para que la comunión permita que el Altar sea, como lo explica bellamente la segunda lectura⁵, el signo de purifica nuestra conciencia de todo mal, de todo egoísmo, de toda soledad.

Adoración

Es el sentimiento más alto de nuestra fe, porque adorar implica reconocer la presencia misteriosa de Dios y volverla luz para nuestra vida que se abisma ante el gesto de amor que se perpetúa en la vida. Si reconocemos al Señor vivo y presente, es porque entendimos que Él es, como decía Santa Laura Montoya "**Corazón de mi Dios y Dios de mi corazón**"⁶, que ilumina cada gesto de amor y nos une cada vez más.

Adoremos al Señor, tan vivo, tan cercano, tan amigo nuestro. Acompañemos su presencia, a veces tan olvidada, para que al postrarnos delante Él, nos decidamos a hacer de la Eucaristía la evidencia de la perpetua gloria del Señor que, sin mérito de nuestra parte, supo que en nuestro corazón peregrino falta amor y falta luz y se quiso quedar con nosotros, más no estático e inactivo, sino en continuo movimiento para acompañar nuestro camino, para unirnos en comunión, para acogerlo en la íntima fibra de nuestro corazón, de modo que nos impulse a seguir sus palabras y a hacer de nuestra vida una adoración dinámica y a la vez gozosa.

¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me hizo? Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor, decía el Salmo de hoy⁷. Unidos a la Madre gloriosa del Señor de la vida, levantemos nuestros corazones y tomemos en cuenta que María y el Éxodo nos vuelven a recordar que sólo seremos felices cuando vivamos la fórmula de la vida verdadera: "*haremos lo que diga el Señor*" o también "*hagan lo que él diga*"⁸.

Salve Jesús Eucaristía, **CAMINO, COMUNIÓN Y ADORACIÓN** de nuestro corazón. Amén.

⁴ Beato Paulo VI. Homilía a los Campesinos en el campo de Mosquera, agosto 23 de 1968.

⁵ Cfr. Hebreos 9, 11-15.

⁶ Santa Laura Montoya, ya en su Autobiografía, ya en otras de sus obras acuñó esta brevísima fórmula que define perfectamente el Sacramento del amor.

⁷ Salmo 115,12.

⁸ Mírese la admirable coincidencia entre Éxodo 24,7 y Juan 2,5.

Eucaristía y crisis

José Antonio Pagola

Todos los cristianos lo sabemos. La eucaristía dominical se puede convertir fácilmente en un "refugio religioso" que nos protege de la vida conflictiva en la que nos movemos a lo largo de la semana. Es tentador ir a misa para compartir una experiencia religiosa que nos permite descansar de los problemas, tensiones y malas noticias que nos presionan por todas partes.

A veces somos sensibles a lo que afecta a la dignidad de la celebración, pero nos preocupa menos olvidarnos de las exigencias que entraña celebrar la cena del Señor. Nos molesta que un sacerdote no se atenga estrictamente a la normativa ritual, pero podemos seguir celebrando rutinariamente la misa, sin escuchar las llamadas del Evangelio.

El riesgo siempre es el mismo: comulgar con Cristo en lo íntimo del corazón, sin preocuparnos de comulgar con los hermanos que sufren. Compartir el pan de la eucaristía e ignorar el hambre de millones de hermanos privados de pan, de justicia y de futuro.

En los próximos años se pueden ir agravando los efectos de la crisis mucho más de lo que nos temíamos. La cascada de medidas que se dictan irán haciendo crecer entre nosotros una desigualdad injusta. Iremos viendo cómo personas de nuestro entorno más o menos cercano se van quedando a merced de un futuro incierto e imprevisible.

Conoceremos de cerca inmigrantes privados de una asistencia sanitaria adecuada, enfermos sin saber cómo resolver sus problemas de salud o medicación, familias obligadas a vivir de la caridad, personas amenazadas por el desahucio, gente desasistida, jóvenes sin un futuro nada claro... No lo podremos evitar. O endurecemos nuestros hábitos egoístas de siempre o nos hacemos más solidarios.

La celebración de la eucaristía en medio de esta sociedad en crisis puede ser un lugar de concienciación. Necesitamos liberarnos de una cultura individualista que nos ha acostumbrado a vivir pensando solo en nuestros propios intereses, para aprender sencillamente a ser más humanos. Toda la eucaristía está orientada a crear fraternidad.

No es normal escuchar todos los domingos a lo largo del año el Evangelio de Jesús, sin reaccionar ante sus llamadas. No podemos pedir al Padre "el pan nuestro de cada día" sin pensar en aquellos que tienen dificultades para obtenerlo. No podemos comulgar con Jesús sin hacernos más generosos y solidarios. No podemos darnos la paz unos a otros sin estar dispuestos a tender una mano a quienes están más solos e indefensos ante la crisis.